



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo II

LOS MELENUDOS

Recuerdo que en el *Círculo vasconavarro* que allá por el año 80, en que empecé mi carrera, había en Madrid, le decía una tarde Gayarre á su paisano Sarasate: «pero hombre de Dios, por qué no te cortas esa pelambre? bien está que se la dejen crecer los que no tienen arte, porque á falta de arte, melena, pero ahí...»

A falta de arte, en efecto, melena ó sombrero de este ó el otro corte, ó cualquier otra majadería con que llamar la atención de los distraídos transeuntes y *épater le bourgeois* ó digamos dejar turulato al hortera.

Y con la melena cantar á la Belleza, (asi, con letra mayúscula), y citar á cada paso á los santones del *Mercur de France*, y á tales ó cuales franceses ó que hayan recibido el márchamo de la aduana literaria francesa.

No conozco impotencia mayor que la que se oculta bajo eso que llaman modernismo. De originalidad, ni chispa; parecen unos á otros los modernistas como un camarón á otro camarón. Ni son más complicados que los camarones. Ya el aceptar ese ó otro mote cualquiera es prueba más que suficiente de falta de originalidad y de impotencia.

Nada conozco más imitativo que el que se dá á sí mismo el dictado de modernista. Constituyen la turba suelta de los que por el año 30 eran románticos, naturalistas por el 80 y serán cualquier cosa mañana. Su característica es la petulancia.

Dedicánse á descubrirnos hoy á Ibsen, mañana á D'Annunzio, al otro día á Walt Whitman, después á Carlyle ó á Villiers de l'Isle Adam ó á Mallarme ó á Swinburne, decorándoles con epítetos sonoros y de cuando en cuando nos descubren también á Píndaro, á Homero ó á Virgilio, pero traducidos, por supuesto, y traducidos al francés.

Lo que no nos descubren es á sí mismos, ni saben ellos descubrirse.

Ahora les ha dado á esos excelentes chicos por la Belleza—asi, con letra mayúscula—y quien no le entona endecha y se arrodilla ante ella y se pasa las horas muertas, que no vivas incensándola y le endilga letanías, ni siente lo bello ni cosa que lo valga. Porque sabido es que sentir lo bello y tener alma de artista y alma moderna es estar charlateando Nuestra Señora la Belleza y darnos con ella la lata como no poco le sucede al bueno de D'Annunzio.

A otros les dá por la Vida—también con letra mayúscula—y la Vida por aquí y la Vida por allá, y los demás, los que no tenemos más que nuestras respectivas y humildes vidas—con letra minúscula—ni sabemos lo que es vida ni lo sabremos jamás.

Otros cantan á la Voluntad—siempre con letra mayúscula—y se despiertan cada día

dispuestas á querer algo con energía, sólo que los pobres se dan de cabezadas y no saben lo qué querer. Es lo que les ocurre á esos volitivos que como querer, allá están ellos queriendo querer algo y llevarlo á cabo por encima de todo dios, sólo que ese algo que han de querer no parece. Como no parece la cosa bella que los otros han de sacar de la Belleza.

En resolución todo eso es impotencia y nada más que impotencia. Porque lo que se va es que los creadores de cosas bellas han perdido poco tiempo en endechar á la Belleza, se han distraído poco en cantar á la vida los que más y mejor han vivido y no se detienen á exaltar la voluntad los que de veras saben querer. Por sus obras lo conoceréis, y lo cierto es que no veo por ninguna parte las obras de los mayusculizadores, de nuestros melenudos. Si es que las guardan veladas á los ojos de los profanos en las capillitas en que celebran sus ritos esotéricos decorándose unos á otros con la banda del genio, buen provecho les haga.

Porque estos buenos muchachos se reconocen unos á otros genios, á despecho de despellajarse luego, y se extienden sus correspondientes diplomas y matan el tiempo en desdeñar á los demás mortales que por su parte ni siquiera le desdeñan á ellos.

Mientras juegan al intelectualismo y al esteticismo en sus capillitas de culto esotérico ó en sus conciliábulos de desdeñamiento á los profanos, todo va bien. Lo malo es cuando aprovechando cualquier cosa de la calle quieren hacer sus pinitos y decir «aquí estamos, aquí está la intelectualidad». Entonces habría que cogerles, raparles las melenas; meterles en una prensa y enseñar al público que no dan más que un dedal de suero; el resto materia leñosa.

Miguel de Unamuno.

